



AÑO I.

Valencia 15 Febrero 1867.

NÚM. 3.

PIO IX.

Al bosquejar las figuras mas eminentes de nuestros dias, no podiamos prescindir de la del venerable varon que ocupa la Sede Apostolica, y que además de la importancia que le dá el sagrado carácter de Vicario de J. C. en la tierra, escita por otros conceptos vivísimo interés en una época en que el poder del Pontificado es-objeto de las mas empeñadas cuestiones. Y, ¡cosa notable! el augusto personaje que por su posicion religiosa y política es el blanco de una lucha reñidísima, ha impuesto de tal modo a todo el mundo con la dulzura y santidad de su carácter, que aun entre los mas acerbos contrarios del Pontífice-rey no hay uno solo que deje de rendir homenaje a sus virtudes, a su fervor y a su buen deseo.

La historia, el carácter, las ideas de Pio IX son tan conocidos, que pudiéramos dispensarnos de nuestra reseña biográfica: como ligero recuerdo de algunos sucesos y fechas, indicaremos tan solo sumariamente las principales vicisitudes de



PIO IX.

su vida y su pontificado.

Juan Maria es el nombre de pila del pontífice, y Mastai-Ferretti el de familia. Esta tiene el título de conde, aunque su patrimonio es muy modesto.

En Sinigaglia, pequeña población de los Estados Pontificios, nació nuestro Juan Maria el 13 de Mayo de 1792, de modo que tiene hoy cerca de setenta y cinco años, conservándose bastante robusto y ágil, a pesar de los achaques que padece, y que de vez en cuando comprometen su salud.

En 1815, a los veintitres años, se decidió a entrar en el servicio militar, y solicitó entrar en el cuerpo de Guardias nobles de su Santidad. ¡Cuán ageno estaba entonces a imaginar sus futuros destinos! Una enfermedad que postró entonces sus fuerzas le apartó de la carrera de las armas, arrojándole en brazos de la religión. Hizo los estudios eclesiásticos en Volterra, con vivo entusiasmo, y ordenado de presbítero en 1823, vió colmados sus santos deseos, partiendo a Chile como misionero.

Volvió a Italia dos años después, y se le encargó, como canónigo de Roma, dignidad que le fue conce-

dida por sus virtudes, la dirección del Hospicio apostólico de San Miguel. Allí pudo satisfacer su ardiente caridad, que le ha hecho ser la providencia de los pobres y desvalidos. Ascendido al arzobispado de Imola en 1827 y trasladado al de Spoleto en 1832, dejó en todas partes memoria de sus actos benéficos, sobre todo en Nápoles, en donde se encontraba como nuncio apostólico durante la invasión colérica de 1830. Visitando y socorriendo a los enfermos de casa en casa, vendió hasta sus vestiduras episcopales para auxiliar a los pobres, que le bendecían como un ángel del Señor.

Tantas virtudes fueron recompensadas en 1840 con el capelo cardenalicio, y al morir Gregorio XVI, el cónclave le designó para sucederle en la Sede Pontificia (1846).

Las graves peripecias que promovió este encumbramiento del modesto misionero de Chile, no pueden condensarse en breves líneas. Animado Pío IX de ese ardiente deseo de hacer el bien, que había manifestado siempre, quiso satisfacer las necesidades de sus súbditos, y promovió el movimiento liberal que surgió en toda Italia. Sus primeras medidas fueron disolver la Guardia suiza, amnistiar a todos los condenados políticos, someter el clero al impuesto, del que estaba exceptuado, disminuir los gastos públicos y nombrar una comisión que reformase el añejo Código civil.

La explosión de entusiasmo que produjeron estas medidas es indescriptible. El movimiento liberal arrastró al Pontífice, que prometió convocar una representación nacional. Reunida esta en Noviembre de 1847 con el nombre de *Consulta del Estado*, pidió la libertad de la prensa, la liga italiana, la emancipación de los judíos y la expulsión de los jesuitas.

Accediendo a estas exigencias, Pío IX tuvo que conceder una Constitución (14 Marzo 1848), basada en el régimen parlamentario, y el cardenal Antonelli, animado entonces de un ardiente liberalismo, se encargó del ministerio.

La revolución había estallado en toda Italia, y con ella la guerra contra el Austria. Los romanos pedían tomar parte en ella, y el papa, que lo resistía, no pudo menos de armar un ejército de 70.000 hombres; pero encargando a su general Durando que solo combatese en el último extremo. A la primera ocasión entraron en pelea estas tropas; Pío IX desaprobó la conducta de Durando, y el ministerio Antonelli, ofendido, presentó su dimisión. El Pontífice comenzó a perder su popularidad entre los liberales, exaltados por los acontecimientos; prodújose en Roma amenazante escisión; y en 4 de Mayo el papa cedió de nuevo a la corriente popular, llamando al ministerio al publicista y filósofo liberal Mamiani. Entonces escribió el Pontífice su célebre carta al emperador de Austria, pidiéndole que voluntariamente renunciase a sus posesiones de Italia. A la negativa del emperador contestó el gobierno romano con una formal declaración de guerra.

Pero continuaba el desacuerdo entre el papa, asustado de los progresos de la revolución, y sus liberales ministros. En 15 de Setiembre se retiró Mamiani, y ocupó el poder el ilustre publicista doctrinario Rossi. Quiso este calmar las pasiones sobrecalentadas, pero estas habían llegado al extremo, y el 15 de Noviembre era asesinado el sábio ministro en la escalinata de la Asamblea.

Aquel horrible crimen colmó la medida del sufrimiento de Pío IX. Huyó de Roma disfrazado de cochero, y pidió albergue en Gaeta al rey de las Dos-Sicilias. Los revolucionarios, señoreados de Roma, nombraron un gobierno provisional: convocóse una Asamblea constituyente, y esta decretó en 6 de Febrero, por 143 votos contra 44, el destronamiento del Pontífice y la proclamación de la república, cuyo gobierno se encargó a un triunvirato, del que fue alma el célebre Mazzini.

Pío IX imploró el auxilio de Francia, Austria, España y Nápoles, y vencida la revolución italiana en los campos de Novara, aquellas naciones católicas organizaron una expedición para restaurar el poder pontificio. Después de una resistencia tenaz, Roma se rindió al general Oudinot, y el 4 de Abril de 1850 entró en ella Pío IX, que en un *motu proprio* ofreció hacer las necesarias reformas en la administración. Una guarnición francesa quedó para defenderle en la ciudad santa, y los austriacos ocuparon las legaciones.

Entonces comenzó en el Vaticano una lucha de influencias para liberalizar ó restringir el ré-

men de los Estados Pontificios. Napoleon III, entonces presidente de la república francesa, en su célebre carta al mariscal Ney, indicó la necesidad de reformas; pero el gobierno romano no se manifestó dispuesto a concederlas. Esta resistencia produjo graves resultados en 1859. La guerra de Lombardia hizo que los austriacos abandonasen las legaciones, y la defensa de los Estados Pontificios quedó a merced de los franceses, aliados del nuevo rey de Italia. Este invadió dichas legaciones, y derrotado en Castelfidardo el ejército pontificio que mandaba el general Lamoriciere, aquellas provincias pasaron a formar parte del reino de Italia, previo el plebiscito. El imperio temporal del Pontificado quedó reducido a la ciudad de Roma y el reducido territorio que se ha llamado *patrimonio de San Pedro*, y aun esto amenazado por las aspiraciones de los italianos, que en el Parlamento de Turin decretaron ser Roma la capital del reino.

El 15 de Setiembre de 1864 una convención entre los gobiernos de Italia y Francia hizo que el primero renunciase a emplear la fuerza para apoderarse de Roma, y que el segundo se obligase a sacar sus tropas de esta ciudad dentro de dos años. Recientemente acaba de cumplir el emperador este compromiso; el 10 del pasado Diciembre se embarcó en Civita-Vecchia el cuerpo francés, y el papa quedó abandonado a sus propias fuerzas. Un ejército de ocho mil hombres que ha organizado el gobierno pontificio está dispuesto a la defensa, aunque debemos consignar que no ha sido atacado hasta ahora, y que por el contrario el gabinete de Florencia se muestra deseoso de una conciliación, en la que han trabajado sus enviados a Roma.

El espíritu del virtuoso Pontífice, en medio de tantas contrariedades, puede comprenderse por el relato de una reciente escena, con la que daremos fin a estos apuntes. Un personaje que había logrado días pasados una audiencia de su Santidad, expresaba con gran elocuencia los temores vivísimos que le estaba causando la situación de Roma. El Pontífice le escuchaba sonriendo, y cuando hubo concluido el orador, púsose a escribir con tanta rapidez como firmeza. Después, levantándose, recordó las palabras de Nuestro Señor Jesucristo a San Pedro: *Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua. Et tu alicuando conversus confirma fratres tuos*, añadiendo al entregar al personaje el papel que había escrito: Tomad, y que estos versos de un clásico italiano lleguen a conocimiento de todos los católicos.

Los versos son los siguientes:

D'ogni colpa la colpa maggiore
E l'ecesso di un empio timore
Oltraggioso all'Eterna pietá.
Chi dispera non ama, non crede
Che la Fede, l'Amor, e la Speme
Son tre faci che splendono insieme
Ne una ha luce se l'altra non l'ha.

¿Puede darse enseñanza mas tierna, mas completa, y, a la par, mas oportuna? ¿Quién dá a las mas insignificantes palabras de Pío IX ese acento que las hace herir todos los corazones, esa profundidad que ilumina todas las inteligencias, y sobre todo, ese carácter sobrehumano que parece abrir ante ellas los sucesos del porvenir? La fe ardiente que anima su alma, y que vá unida a una instigable esperanza y a una inagotable caridad.

C.

LOS ESPAÑOLES

TALES COMO ERAN EN EL SIGLO XVII.

III.

Hoy nos toca penetrar, con el curioso libro de Madame d'Aulnoy en la mano, en lo que ahora llamamos el orden económico, para comprender cuáles eran y de dónde venían los recursos con que se alimentaba la holgazana sociedad española del siglo XVII. Y desde luego, al entrar en este terreno, topamos con la explotación de la América, que constituía la base de la riqueza en aquel tiempo, y que se hacía por un medio tan sencillo, y tan tiránico al mismo tiempo, como la prohibición de establecer en el Nuevo Mundo las industrias ó los cultivos que podían dar los productos con cuyo comercio quería enriquecerse la metrópoli. Los galeones del rey llevaban a las Indias los

artículos que en ellas se necesitaban, y hasta se tasaba de Real orden los que cada ciudad y aldea debía comprar al precio que el gobierno fijaba.

Los gobiernos en las Indias eran el medio de enriquecerse los particulares, y no se les daban mas que por tres ó cinco años, para que fuesen mas los favorecidos. «Van casi todos arruinados, dice la viagera, y roban todo lo que pueden. Un virey reúne sin esfuerzos cinco millones de escudos; un gobernador de plaza quinientos ó seiscientos mil; un fraile predicador treinta ó cuarenta mil. Cuando vuelven a España guardan el dinero en sus arcas, y mientras dura se dan buena vida. No lo emplean en ningún negocio, porque se lo tienen á menos, y cuando se ha agotado el oro, solicitan un nuevo empleo.»

Ninguna idea de especulación había en aquella sociedad envanecida. «Cuando muere un padre, dice Madame d'Aulnoy, y deja metálico y pupilos, se encierra el dinero en una fuerte arca con buena cerradura, hasta que llegan los herederos á mayor edad. Lo que llamamos crédito, empresa, trabajos en grande, es cosa completamente desconocida en esta tierra. No se concibe mas riqueza que el oro que se palpa, se cuenta y se encierra bajo llave. El duque de Alburquerque tiene mil cuatrocientas docenas de platos de oro y plata, y cuarenta escalones de plata para subir a su despacho. El duque de Alba, que no es rico en vajilla, tiene seiscientas docenas de platos de plata y ochocientas fuentes.» La servidumbre de las grandes casas correspondía a este lujo de metales preciosos, y permanecía casi tan ociosa como ellos. Dueñas, escuderos y pages hormigueaban en grandes salas vacías, y hostezaban noblemente jugando con monos ó pasando las cuentas del rosario. «Cuando un gran señor muere, si tiene cien criados los conserva todos su hijo, sin disminuir por eso los que tenía ya en su casa. Si luego muere la madre, sus dueñas y doncellas entran igualmente al servicio de la hija ó nuera, y este sistema se estiende de generación en generación, puesto que no son despedidos nunca.» Por lo menos aquí la vanidad está de acuerdo con la compasión.

La duquesa de Osuna tenía trescientas mугeres a su servicio; poco tiempo antes habían llegado á quinientas. El rey daba ración a dos mil personas. Pero no se crea que estas larguezas eran muy costosas. A un criado se le daban dos reales diarios para la comida y todo gasto; un hidalgo recibía quince escudos al mes, y tenía que mantenerse y vestir de terciopelo en invierno y de tafetan en verano. Así es que vivían con una sobriedad asombrosa para Madame d'Aulnoy. «Solo se guisa en las casas grandes para los dueños. La servidumbre se alimenta en los bodegones, donde compran cebollas, habas y caldo, muy cargado de ajo, en el que empapan el pan. Los pages, hambrientos y ladrones, no dejan en paz la cocina, de modo que en algunas casas han tenido que construir ollas de hierro, cerradas con candado, y con una rejilla por donde el cocinero vé si la sopa cuece bien, sin peligro de la voracidad de los pages. De otro modo, cuando se iba a hacer el cocido, habían desaparecido muchas veces el tocino y la carne. El régimen doméstico es lo mas desarreglado del mundo. A veces hay cincuenta caballos en las cuadras, muriendo de hambre por falta de paja y cebada. Tampoco hay provisiones para los dueños. Se toman al fiado los comestibles de cada día, y cuando se acuestan los amos, no queda nada en casa, ni vino, ni agua, ni carbon, ni bugías: los criados se han llevado todo lo que sobró.»

Repetimos lo que hemos dicho en los anteriores artículos: todos estos detalles huelen a hipérbole, y son hijos de ese afán natural en los viajeros de sentar como regla general las escepciones que mas les llaman la atención. Pero rebajando de punto las cosas extraordinarias que nos cuenta con tantos pelos y señales nuestra escritora, se encuentra en todas sus variadas noticias una armonía de conjunto, una relación tan evidente, que nos hace juzgar de la exactitud del cuadro, rebajada la exageración del colorido.

El desorden doméstico era hijo de la preocupación orgullosa que reinaba contra el trabajo y la economía. La mayor parte de los nobles no iban nunca a visitar sus Estados, que así llamaban pomposamente a sus villas y a sus tierras, y los dejaban administrar por un intendente, que era dueño absoluto de todo, y que a su placer se enriquecía. Un espíritu de largueza, noble en su origen, pero viciado en su exageración, hacia que se con-

siderase indigno de una persona de calidad examinar las cuentas de su administrador, y mostrarse económico y arreglado en sus gastos. «Cuando un caballero ó una dama, dice nuestra viajera, compra telas, encajes ó alhajas, nunca los regatea, y hasta se desdén de recoger el cambio de una moneda de oro.» Los proveedores de las casas grandes señalaban como mejor les parecía el precio de sus artículos, y se les pagaba sin escrúpulo mientras había dinero: cuando con tan loco sistema económico quedaba la familia arruinada, entregaba los bienes á los acreedores, reservándose tan solo una corta pensión para vivir.

La misma incuria é igual desórden se notaba en la educación de los hijos. Los jóvenes de ilustre casa pasan el tiempo paseándose y haciendo el amor. «Los que tienen dinero toman una mancha, desde los doce ó trece años, y roban para ella en la casa paterna todo lo que pueden atrapar.» ¿Qué dirán de esto los que se escandalizan de la precocidad de la juventud contemporánea? «Añadid á esto que los padres los suelen casar apenas han salido de la niñez. Un muchacho de diez y seis ó diez y siete años se encuentra dueño de sus acciones, con una chiquilla de catorce ó quince, sin ninguna instrucción ni experiencia, y cuando ha derrochado su hacienda, el ilustre holgazán es enviado á gobernar pueblos que son víctimas de su ignorancia y de su rapacidad.»

Mírense en este espejo los defensores de las costumbres y de las ideas de antaño; recuerden aquellos tiempos en que la raza española, dotada de las grandes cualidades y de las felices disposiciones que la misma Madame d'Aulnoy le reconoce, valiente, sufrida, generosa, viva de ingenio y apta para todo lo grande y lo noble, había llegado, después de heredar todos los conocimientos é invenciones del Renacimiento, las artes de Italia, la industria de Flandes y la riqueza de las Indias, á ese grado de postración y de extravío moral y económico, y cesen de embaucar á la gente timorata, diciéndoles que las ideas modernas han pervertido al mundo.

J. de D.

EL AURA Y LA FLOR.

Soneto.

Dijo el aura á la Flor: «Por tí suspiro
En las noches calladas y serenas
Quejas de amor y de ternuras llenas
Y el néctar de otras flores no respiro;
Yo tu hermosura merecer aspiro,
Y tú burlando mis terribles penas
A duro sufrimiento me condenas;
¿Por qué ni aun triste compasión te inspiro?
Se enternece la flor, y enamorada
El perfume le cede que atesora...
¡Ay! del aura después abandonada
La flor, perdido su perfume, llora...
¿Anhelas de las dos saber el nombre?
La muger es la flor; el aura, el hombre.

Eduardo Gomez Mazparrota.

LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios.

III.

Predecesores de Dante y Petrarca.—El amor platónico.—Guido Guinicelli. Guido de Cavalcante y Cino de Pistoya.

Condición es del genio apoderarse de las ideas que en lo que pudiéramos llamar ambiente moral de su época flotan en estado mas ó menos embrionario, darles vigor y consistencia, revestirlas de brillante forma, y presentarlas así á la admiración del mundo, como producto de su propia fuerza creadora. Las generaciones posteriores, impresionadas por esa revelación sorprendente de la idea madre de cada siglo, olvidan las mas veces su laborioso génesis, y juzgan que ha salido concluida y perfecta del pensamiento de un gran hombre, como salió Minerva armada de la cabeza de Júpiter.

Así sucede en la poesía: todos los Homeros han hecho olvidar á los poetas que prepararon los elementos de sus cantos, y no es extraño que Dante y Petrarca, destacándose en el fondo oscuro de la literatura italiana, como las dos grandes figuras que señalan su comienzo, hayan sido mirados como los padres de ese espiritualismo amoroso, que es el principal elemento de la lírica de los modernos tiempos. Son, en efecto, estos grandes poetas los que han dado la ley al sentimentalismo, de que se han visto luego animados sus sucesores durante algunos siglos; pero no por ello ha de creerse que el sentimiento y la idea del amor ideal, que parece haber sido revelado por ellos al mundo, fuesen una concepción completamente personal, un fuego nuevo que brotó en su alma el día que el autor de la *Divina Comedia* vió en un banquete á la niña Bice de Portinari, y el cantor de Laura admiró á su amada por vez primera en el templo donde se celebraba la severa solemnidad de Viernes Santo. No: aquel sentimiento delicado que immortalizaron en sus versos, era la idea amorosa que había ido elaborándose y purificándose, que brotaba en todas partes y que solo necesitaba para revelarse en todo su esplendor, encerrar al númen que había de darle fuerza y colorido. Hacer notar la filiación y el desarrollo de esa idea es el objeto de este artículo, y la justificación de los olvidados nombres de los poetas que hacemos preceder á los dos grandes vates del siglo XIV, porque en ellos vemos alborear ese amor espiritualista al que estos entregaron su alma soñadora.

El amor ha tenido apologistas y críticos, poetas que lo cantasen y filósofos que lo analizaran; pero lo que no ha tenido es historiadores. Una *Historia del amor* es un libro que hace falta, y que escribiríamos de buen grado, si para ello tuviéramos fuerzas y tiempo. En él veríase que ese sentimiento tan natural en el hombre, pero tan complejo y tan diverso, compuesto, como dice Victor Hugo,

des frissons de la chair et des rêves de l'ame,

ha variado de naturaleza y de carácter según las ideas y los hábitos de los tiempos.

En la antigüedad pagana el amor no era mas que el deleite de los sentidos. En Grecia la esposa, encerrada con las esclavas en el gineceo, no escitaba ninguna idea poética en la mente de aquel pueblo risueño, que vivía en la plaza pública y adoraba allí á la hermosura en los altares del placer. Aspasia, admirada por Sócrates y adorada por Alcibiades, es el ideal de la muger para la Grecia. La ardiente estrofa de Safo, esa estrofa única que nos ha quedado de la enamorada poetisa, que espresa con palabras de fuego el delirio de los sentidos, es la revelación típica del amor como lo entendían los griegos.

En Roma, donde el hogar comienza á destacarse, la muger adquiere mayor personalidad; pero no es el amor el que se la da. Admiramos á la matrona romana; pero en ese tipo severo, cuyo ideal es la madre de los Gracos, no encontramos nunca á la amada y al amante. El amor, llama sensual como en Grecia, no es mas que una frívola molición, cual la que respiran los epicúreos versos de Horacio y de Tibulo, ó un ardor desenfrenado que no respeta el decoro y el pudor, y convierte á las severas matronas en insaciables Mesalinas.

El amor era, pues, considerado por la antigüedad clásica como una flaqueza indigna del varón fuerte, y cuando estallaban sus fuegos en un corazón levantado, mirábase aquella desgracia como un castigo de los dioses. Toda la poesía clásica está llena de esas venganzas de Vénus que encienden en el alma de sus víctimas los furiosos de Fedra.

¿Cómo atravesaron las ideas sobre el amor la distancia que media desde ver en este afecto una vergonzosa caída, hasta considerarlo como una celeste exaltación del alma, como una sublimación de cuanto hay en ella de mas puro, de mas noble, de mas divino? Esto es lo que principalmente debiera investigar el historiador del amor, y no dudo que vería en el cristianismo la causa de tan radical transformación. Y no tan solo porque la nueva ley levantase la decaída condición de la muger, equiparándola al hombre en dignidad, ni porque consagrarse como un sacramento la unión conyugal, santificando el amor de los esposos, sino mas bien porque reveló á los ojos carnales del hombre antiguo el mundo del espíritu, porque encendió, por decirlo así, un alma nueva en su pecho, y dió

á todos los afectos ese triste, misterioso y melancólico idealismo que revisten los sentimientos del hombre desde que este experimenta la sed de lo eterno y el afán de lo infinito.

En la humanidad, espiritualizada por el cristianismo, trocése el amor, de una sensación con sus frívolos placeres y sus ansias pasajeras, en una pasión con sus luchas profundas y sus goces inefables. Los bárbaros, raza vigorosa y casta, que ya en sus bosques rendían á la muger decoroso culto, fueron providencialmente llamados á reemplazar á la sociedad romana, que el agua del bautismo no había podido despaganizar por completo; y de la amalgama del genio germánico con la fé cristiana, nació aquel espiritualismo creyente y entusiasta, que caracterizó á la Edad Media y que, por lo que toca al amor, debía llevar el mas alto grado su apoteosis.

La caballería, que fue la realización mas ó menos perfecta, del ideal de aquellos siglos, hizo un ídolo de la muger. Por su Dios, por su Rey y por su Dama lidiaban los armados paladines, y según las historias de aquellos tiempos, este último era el objeto predilecto de su triple culto. Amar á una muger con afecto constante, estremado y puro, y acometer por ese amor las mas extraordinarias empresas, era el colmo de la virtud caballeresca. Un sentimiento, desconocido por completo de la antigüedad, brotó de esa nueva idea, la galantería. Honrar á las damas, ensalzar sus perfecciones, exagerar el amor que se las profesa, era ley de cortesía en aquella sociedad entregada á ese idealismo de la muger.

Pero todo en el mundo se vicia y se corrompe, y no era posible que el espíritu humano mantuviese mucho tiempo la tensión que le daba este estado de éstasis amoroso. Mas diremos: esa perfección caballeresca que flota como un tipo sublime entre las sombras de los siglos medios, nunca ha tenido realización práctica; todos los autores de aquellos siglos lamentan la decadencia de las costumbres y la desaparición de la cortesía. Pero, en verdad hubo degeneración en los hechos y en las ideas; al espíritu severo y noble que presidió á las instituciones de la caballería, reemplazó muy pronto una susceptibilidad quisquillosa y fanfarroña, y el respetuoso culto de la muger se convirtió en una idolatría ridícula y licenciosa.

Este era el estado de las costumbres cuando en el Mediodía de la Francia brilló, flor de almendro de la moderna literatura, la poesía provenzal, que bien pronto se extendió á los países vecinos é invadió la Italia. El amor fué la musa inspiradora de los trovadores; pero, como hemos dicho en el anterior artículo, el amor para los provenzales era una metafísica pueril y artificiosa que encubría una indudable licencia en las costumbres. La muger era un ídolo, pero ídolo poco severo que bajaba del altar para premiar con demasiada facilidad insulsas galanterías. El ideal del amor, santificado por el cristianismo, se había profanado otra vez, y había necesidad de una nueva purificación.

Esto es lo que hicieron los poetas italianos; este es el gran servicio que el espíritu humano agradece á Dante y á Petrarca: la elevación de la decaída poesía amorosa de los provenzales, sustituyendo al amor galante el amor platónico.

¿El amor platónico! ¿Cómo tropezamos con este nombre gentilicio? ¿No hemos dicho que el amor no salió en Grecia de los límites del sensualismo? Así es la verdad, si nos referimos á las costumbres, al sentimiento general, al mundo práctico; pero ¿quién ignora que como predecesor de la idea cristiana, se elevó el genio de la filosofía griega á las alturas del mas puro espiritualismo? En esas alturas reveláronse á los ojos inspirados de Platon ideas sublimes sobre el amor, que la sociedad pagana no podía comprender; pero que debían fructificar al cabo de muchos años, al calor de los sentimientos cristianos.

Jenofonte, en su *Banquete*, nos da cuenta de las ideas de Sócrates sobre el amor. «La belleza, decía el filósofo, despide un resplandor que nos invita á contemplar el alma que habita en tan atractivas formas. No puede haber hermosura en el alma sin pureza, y la pureza del objeto amado nos hace ser buenos. Cuando el alma se corrompe, su deformidad se revela en el rostro. No diré que existen dos Vénus, pero por lo menos produce esta diosa dos efectos distintos. La Vénus vulgar inflama los sentidos; la Vénus celeste inspira amor hacia el alma, é induce á lazos honestos y acciones virtuosas.»

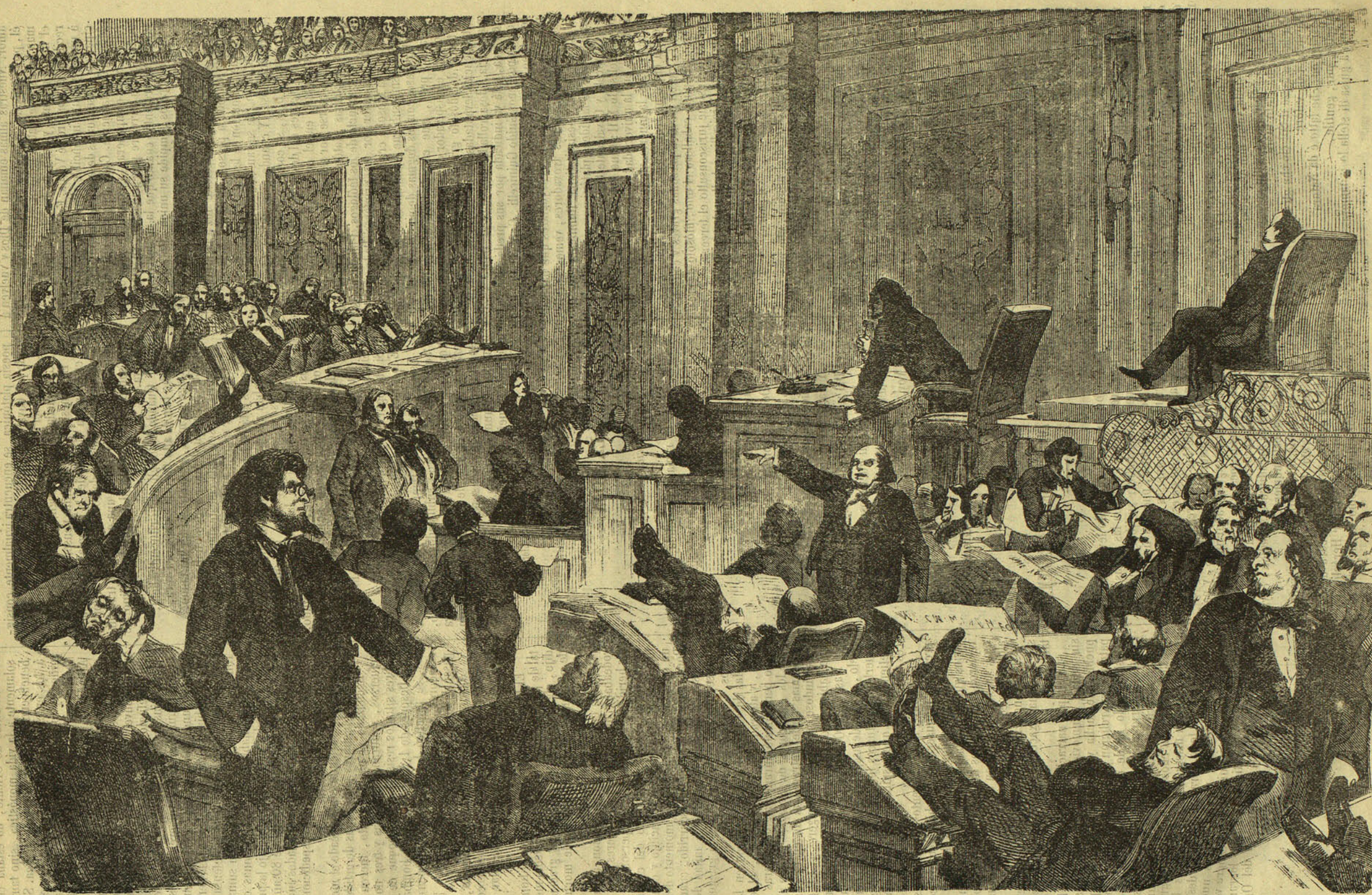
La imaginación entusiasta de Platon, nutrida



El monasterio de Arcadida en Candia.



La catástrofe de Regent-Park.



Acusación del presidente Johnson en la cámara de los representantes de Washington

de esta enseñanza, ideó una teoría completa del amor. Nuestras almas emanan de Dios y vuelven á él, preexistiendo al cuerpo en otros mundos. Las mas bellas y delicadas habitan el tercer cielo, en el mas brillante y puro de los planetas, que ha recibido el nombre de Vénus. Están predestinadas á unirse por una invencible simpatía, y sin participar de los sensuales deseos del cuerpo, están ligadas á él fatalmente. Cada alma arde en el afán de hallar á su compañera; y cuando se encuentran ambas en su terrestre peregrinación, su amor es tanto mas ardiente, cuanto que la materia en que están encerradas, impide su union. En este caso sus afanes, sus combates y sus éstasis son inesplicables: el alma se esfuerza por hacerse-reconocer de su compañera; dá celeste luz á la mirada, y derrama en toda la persona inmortal belleza. Parece que el corazón se levanta entonces de la tierra, y mutuamente se van exaltando las dos almas y purificándose. Y cuando mas se aman, mas se aproximan á Dios, su comun origen, y cuanto mas sienten los rigores del destierro en el mundo y del encaramiento en el cuerpo, mas ánsian verse libres, para unirse por siempre en el cielo.

Las doctrinas platónicas llegaron á la Edad Media por conducto de los teólogos. Platon fué estudiado con amor por los primeros Padres de la Iglesia, y la filosofía cristiana se inspiró en aquel espiritualismo sublime que tan bien se avenia en muchos casos con los dogmas de nuestra fé. No es extraño, pues, que cuando el sentimiento del amor era el inspirador de toda poesía, la seductora teoría del filósofo griego reviviese en algunas inteligencias levantadas. El hecho es que esa misma teoría, desarrollada luego por el Dante y el Petrarca, está ya indicada por sus predecesores y contemporáneos Guido Guinicelli, Guido Cavalcante y Cino de Pistoya. Cuando la poesía provenzal moría á manos de los groseros juglares que habían sucedido á los galantes trovadores, vemos surgir la aurora de la poesía italiana iluminada por el celeste rayo de las ideas platónicas.

Guinicelli y Cavalcante florecieron en el último tercio del siglo XIII; Cino llegó á dar lecciones á Petrarca en la universidad de Bolonia, y lloró en dulces versos la muerte de Dante. Contra lo que sucedía entre los trovadores, gente alegre y aventurera, fueron los tres personas graves y consideradas: cumplido caballero el uno, filósofo discreto el otro, insigne jurisconsulto el tercero.

De Guido Guinicelli, caballero boloñés, modelo de cortesía y discreción, dice el Dante en su *Purgatorio* que fué:

il padre

Mio, e degli altri miei miglior, che mai
Rime d'amor usar dolci e leggiadre,

pero apenas nos han llegado noticias suyas.

Guido de Cavalcante, caballero de Florencia, á quien sus paisanos llamaban *dotto filosofo*, fué gran amigo del Dante, y adquirió renombre de ilustre poeta, aunque de él dice Boccaccio que *perciò che la Filosofia li pareva, siccome ella è, da molto piu che la Poesia, ebbe a sdegno Virgilio e gli altri Poeti*. Mas, á pesar de ello, el amor hizo trovar á nuestro filósofo, y dedicó sus versos á una dama de Tolosa, á quien llama Mandetta, y de la que se enamoró en una peregrinación que hizo á Santiago, por lo que dice Tiraboschi con deliciosa ingenuidad «que si no sacó otro fruto de su romería, mejor le hubiera estado quedarse en casa.»

Cino de Pistoya, celebrísimo como jurisconsulto comentarista en su época, y docto en las letras antiguas; cantó tambien al amor, dando mas elegancia á la rima, é hizo célebre á su dama Selvaggia, de la que tambien se conservan algunos versos en contestación á los de su galán.

Penetremos ahora en el pensamiento de los tres poetas enamorados.

El amor es para ellos una condicion de las almas superiores. *Di lui vedrai*, dice Cavalcante, *che 'n gente di valor lo piu si trova*. Y Guinicelli, explica la encarnación del amor en los nobles razones, en estos términos:

Foco d'Amore in cor gentil s'apprende,
Come vertute in pietra preziosa,
Che da la stella, valor non discende
Anzi che'l Sol la faccia gentil cosa;
Poiché li ha trato fuore
Per la sua forza il Sol ciò che gli è vile,
La stella i dà valore:
Così lo cor, che fatto è da Natura
Alsetto, pur, gentile,
Donna a guisa di stella lo inamora.

Este celeste origen del amor, que caracteriza la poesía platónica, se encuentra igualmente consignado por Cavalcante:

Dal ciel si mosse un spirito in quel punto
Che quella donna mi degno guardare,
E venni a posar nel mio pensiero.

De este origen divino de la llama amorosa nace la naturaleza celeste de los goces que inspira, aquella divina *gioia* que da una especie de tranquilidad y sobrehumana beatitud. Oigamos á Cino de Pistoya.

Quando Amor gli occhi rilucenti e belli,
Che han de alto fuoco la sembianza vera,
Volge ne'miei, si dentro arder mi fanno,
Che per virtù d'Amor vengo un di quelli
Spiriti che son nella celeste sfera,
Che Amor e gioia egualmente in lor hanno.

Y estos éstasis del amor y de la hermosura, no solo arrojan al alma amante, sino que impresionan á todos los seres y á todos los objetos, de modo que la presencia de la mujer, idealizada por los poetas, trasforma y purifica al mundo. Citemos aun cuatro versos de Cino, en los que habla de su dama:

Quando va fuora adorna, par che il mondo
Sia tutto pien di spiriti d'amore,
Si che ogni cor gentil divien giocondo,
E lo villan domanda: ove mi ascondo?

Este es el amor de Dante y de Petrarca, este es aquel delicado, puro y sublimador sentimiento, al que solo faltaba el pincel de un gran poeta para trazar las divinas figuras de Beatrice y de Laura que han quedado grabadas para siempre en la imaginación humana, como un ideal eterno de sus amorosos ensueños.

Teodoro Llorente.

LA HOJA.

(Traducción de ARNAUD.)

—De tu rama desprendida,

Hoja, ¿dó vas?—¿Qué sé yo!

La tempestad arrancó

La encina que me dió vida,

Y al espacio me arrojó.

Desde entonces, la carrera

Sigo del Aura ligera,

O bien del airado Noto;

Y vago del prado al soto,

Del valle á la cordillera.

Ni alegre ni querellosa,

Y del viento esclava fiel,

Voy.... do, al fin, todo reposa,

Do van las hojas de rosa

Y las hojas de laurel.

Vicente Greus.

HEROISMO DE LOS CRETENSES EN ARCADION.

¿Está sofocado ó no el atrevido levantamiento de los insulares de Creta, que con las armas en la mano han querido reivindicar su libertad política y religiosa? No lo sabemos, pues las noticias que llegan de Oriente, son confusas y contradictorias; pero sea cual fuere el éxito de esa lucha desigual, todas las simpatías de los hombres generosos estarán al lado de los insurrectos cristianos, y parece justo que quede consignado aquí un recuerdo á la memoria de esos héroes.

Por eso vamos á recordar la hazaña de que fué teatro el convento de Arcadium ó Arcadion, cuya vista publicamos en este número.

Arcadion es uno de los santuarios mas venerados de la isla de Creta. Cuenta ocho siglos de existencia. Es un gran convento de piedra de sillaría, construido por el emperador Heráclio en honor de San Constantino. Como la mayoría de

los conventos de Oriente, no estaba consagrado solamente á la vida monástica, sino tambien á la beneficencia y á la instrucción pública. Se cuidaba á los enfermos, se instruía gratuitamente á los niños, y todo pasajero recibía hospitalidad. Había tesoros científicos acumulados en la biblioteca de Arcadion.

En todos los anteriores disturbios, los árabes, así como los venecianos y turcos, habían respetado aquel convento, considerado por convenio tácito, como refugio inviolable.

Los insurgentes cretenses de las cercanías tenían allí guardados sus mugeres é hijos, en número de unos 300. Además de los monges y los viejos habían unos 15 voluntarios heridos, de manera que no es verdad que la defensa la hicieran los aventureros extranjeros. En suma, dentro de Arcadion había hasta 540 personas de ambos sexos, no todas válidas y puestas bajo la protección del hegúmeno Gabriel, anciano de 80 años.

Contra este puñado de refugiados inofensivos emprendió Mustafá-bajá una expedición formidable.

El 20 de Noviembre fue cercado el monasterio por 15,000 hombres y 30 piezas de artillería.

Rechazado el primer asalto, fueron pedidos refuerzos, y durante tres días y tres noches los pobres sitiados resistieron el choque de los turcos. Después de 1,200 disparos de bombas y obuses, se practicó brecha por donde penetrar los sitiadores, y todavía en seis horas no pudieron pasar de los patios.

Agrupados al rededor del hegúmeno, los defensores del convento que quedaban con vida, tomaron unánimes la resolución de volar el edificio antes que rendirse.

El hegúmeno Gabriel reivindicó el honor mortal de prender fuego á la pólvora; «solo me restan, dijo, algunos meses de vida, y doy gracias á Dios de proporcionarme esta ocasión de morir por su santa religion y por la patria.»

Dando en seguida la absolución á cuantos le rodeaban, ordenó que las mugeres, los niños y los heridos (en número de 103 personas), se retirasen hacia el extremo opuesto del convento, y tomando con una mano el Crucifijo y con la otra un cirio encendido, esperó el momento del asalto. Pocos momentos habían transcurrido, cuando una explosión espantosa hizo saltar la mitad del edificio, sepultando entre sus ruinas á griegos y otomanos.

Mas de 1,200 turcos perecieron en la voladura, y aterrado por este desastre, el ejército turco permaneció durante algunas horas inmóvil ante los escombros de Arcadion; pero animándose mas tarde entraron al fin en el convento, ensañándose contra las 60 mugeres y 43 heridos que habían sido alojados por orden del hegúmeno.

Mas de 400 cadáveres griegos yacían en el suelo, y á fin de asegurarse de que estaban bien muertos, los turcos les aproximaban fuego, sometiendo á los que respiraban aun á los mas atroces tormentos.

El Tesoro, los ornamentos sacerdotales y los preciosos manuscritos de la biblioteca del convento fueron entregados al pillage, y los seis voluntarios que no habían sucumbido en la lucha, perecieron maltratados implacablemente: por último, los turcos saciaron su rabia incendiando las aldeas inmediatas.

Estas noticias, recogidas sobre el terreno, son de una exactitud y autenticidad incontables.

La simple narración de estos sucesos habrá, sin duda, conmovido á nuestros lectores: un pueblo que lucha y muere de ese modo por su patria y su religion, es digno de la libertad. ¿Hasta cuándo ha de consentir la Europa que el caduco imperio otomano esté sofocando las aspiraciones nacionales de los cristianos de Turquía? Por desgracia para ellos, los celos de las grandes naciones pueden mas que los sentimientos humanitarios que en todo corazón generoso despierta el amor á la libertad, y contra todos nuestros deseos hemos de ver quizás que la sangre vertida heroicamente en la antigua Creta no logrará fecundar el árbol de la regeneración del Oriente cristiano.

LA CAMARA

DE LOS REPRESENTANTES EN WASHINGTON.

Ahora que está fija la atención del antiguo y del nuevo mundo en el Capitolio de Washington, con motivo de la lucha que ha estallado entre el presidente Andrés Johnson y las Cámaras dominadas por el partido radical, creemos oportuno el grabado que figura adjunto, y que representa la Cámara de los representantes en la sesión de 7 de Enero, en la cual fue acusado el presidente por Mr. Ashley, representante del Ohio.

Nos falta espacio para entrar en la cuestión política que se agita en las Cámaras de los Estados-Unidos; cuestión que por otra parte no es de la incumbencia del PANORAMA: y fijándonos solo en la parte pintoresca, haremos notar la grosería de maneras que llama la atención en todos los actos de la vida de los norteamericanos, y que se revela a menudo en las mismas Cámaras en escenas que chocan vivamente a la cultura europea. La actitud en que aparecen los representantes en el grabado que hoy damos, manifiesta cuán ajenos están los *yankees* a lo que en Europa se considera como reglas imprescindibles de urbanidad.

¿Es un defecto esta *sans façon*, ó por el contrario, la naturalidad y violencia de las costumbres contribuye a afirmar y robustecer los caracteres, dando al individuo esa actividad y esa energía que demuestran en todos los órdenes los hijos de Washington? Hé aquí una cuestión interesante que entregamos a los aficionados a estudios sociales.

LOS SENTIDOS.

(Traducción de Goethe.)

¡Muchos son, en verdad, cinco sentidos!
En momentos de dicha dan enojos:
Quisiera, conteniendo mis latidos,
Todo yo, al escucharte, ser oídos,
Y al mirarte, mi bien, todo ser ojos.

Teodoro Llorente.

CATÁSTROFE DE REGENT'S PARK.

En el primer número del PANORAMA dimos a conocer una escena de horror acaecida en Inglaterra, y hoy tenemos que reproducir otra no menos espantosa. Parece que la Providencia haya querido dar una elocuente enseñanza a los hombres. Cuando estallaron las minas de carbon de piedra de Barnsley, hubo motivo para lamentar el peligro a que por servir a la sociedad se esponían los infelices trabajadores que pasaban tristemente la laboriosa vida en el lóbrego seno de la tierra, donde eran a veces sepultados por terribles explosiones. Mas para que se vea que los predilectos de la fortuna no están mas exentos de las catástrofes que los desheredados del mundo, Londres vió con espanto perecer un gran número de personas acomodadas cuando se entregaban a uno de sus placeres favoritos.

El 14 de Enero gran multitud de gentlemans y de señoras con ricos y elegantes trages se paseaban por el hielo que cubria los estanques de *Regent's Park*, uno de los mejores paseos de Londres, cuando de pronto, a las cuatro, el hielo no pudo resistir al peso, y se rompió, cayendo al agua unas 200 personas.

Imposible es formarse idea de los gritos de los infelices patinadores; los de sus mugeres, hijas y amigos que permanecían en la orilla, eran, en verdad, desgarradores.

Llamados inmediatamente los hombres de la Sociedad Real humanitaria, se lanzaron al agua, y con admirable celo lograron salvar a muchos, pero murieron unas 50 personas.

La escena de que fue teatro del parque no es para describirla; la consternación fue general en Londres.

Nuestro grabado representa las lanchas de socorro en el acto de buscar a las infelices víctimas de esta catástrofe.

SONETO FILOSÓFICO.

Pasó ya la estación de los amores
Y la edad de los sueños placentera;
Pasó la deliciosa primavera
Y con ella los frutos y las flores.
Pasarán de la suerte los favores
Y de la vida la gentil quimera,
Como pasan cruzando por la esfera
Relámpagos de fuego brilladores.
También pasaron los instantes puros
En que el alma a sus dichas no halló tasa,
Ni halló para su afán diques ni muros.
¡Todo al cabo pasó! Solo no pasa
Una moneda falsa de dos duros
Que tengo hace tres meses en mi casa.

Manuel del Palacio.

EL MONTE DE LAS ANIMAS.

LEYENDA SORIAÑA.

POR D. LUIS GARCIA DE LUNA.

II.

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcludiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que al rededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, y absorbía en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban, hacia rato, un profundo silencio.

Las dueñas referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel, y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima, exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban; pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío. Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo un carácter de muger se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido, se apresuró a añadir el joven, de un modo ó de otro, presiento que no tardaré en perderle... al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló a la que me dió el sér, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo, contestó la hermosa; pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Solo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aun puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse, dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos: hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Queréis aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y estendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvióse a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacia crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a anudarse de este modo:

—Y antes que concluya el día de Todos Santos, en que así como el tuyo, se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? exclamó esta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro.... Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¿Se ha perdido! y ¿dónde? pregunto Alonso incorporándose de su asiento, y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Animas, murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitio; en el Monte de las Animas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda. Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aun podido probar mis fuerzas en los combates como mis ascendientes, he llevado a esa diversion, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano; yo conozco sus guaridas y sus costumbres, yo he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión: otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta, y, sin embargo, esta noche... esta noche, ¿a qué ocultártelo? tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas! cuya sola vista puede helar de horror la sangre del mas valiente, tornar sus cabellos blancos ó arrebatarse en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa a dónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido, exclamó con un tono indiferente, y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte, se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aun inclinada sobre el hogar, entretenida en revolver el fuego:

—Adios, Beatriz, adios. Hasta.... pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso! dijo esta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso ó aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo, que se alejaba al galope; la hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor, que se debilitaba, que se perdía, que se desvanecía por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

(Se continuará).



La última botella. (Episodio de un baile de máscaras)



—Mirad cuán ridículos están, marquesa, aquellos mozalvetes con sus rizos. ¿Qué pretencioso es eso de tener cabello?

—¿Los señores? Acaban de acostarse.
—Pues ¿no reciben máscaras?
—Fué anoche el baile.